

## LA PLENITUD DE DIOS

### Parte 31

*“...a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.” - (Efesios 3:17<sup>b</sup>-21)*

¿Qué significa ser arraigados y cimentados en el amor de Dios? ¿Qué es el amor de Dios? Mi primera inclinación cuando leo versículos como estos, es proyectarle al amor de Dios o a un versículo, mi propio entendimiento y experiencia del amor natural y hacer que tenga sentido. Al hacer eso, entiendo que este versículo dice, que yo necesito ser cimentado en el hecho de que Dios me ama, o que necesito amar a las personas como entiendo que Dios ama a las personas. Pero me gustaría sugerirle que ser arraigados y cimentados en el amor de Dios significa mucho más que eso.

¿Qué es el amor de Dios? El amor de Dios es mucho más que lo que Él siente por nosotros. Se habla mucho en el cuerpo de Cristo de lo que Dios siente por las personas. Lo vemos en la televisión, en calcomanías en los carros, vallas publicitarias, etc. Sin embargo, para todo lo que se dice de lo mucho que ama Dios, parece haber muy pocas personas arraigadas y cimentadas en esa comprensión de amor. Es más un hecho que necesitan recordarse a sí mismas, que una realidad en la que se encuentran cimentados. Incluso, si pudiéramos creer, constantemente, algo de las emociones de Dios, aún así no estaríamos arraigados y cimentados en Su amor.

El amor de Dios no es conocido a través de una creencia o de una experiencia de las emociones de Dios. El amor de Dios es conocido al recibir y participar de lo que Dios nos ha dado. Nunca sabremos cuánto nos ama Dios si no estamos familiarizados con la manera en que Dios ama. En otras palabras, la medida del amor de Dios no es la medida de Sus sentimientos, sino la medida de Cristo quien ha sido dado al alma humana. Con todo mi corazón, sé que esta es una afirmación cierta. El amor de Dios es conocido sólo cuando lo que Él ha dado es comprendido.

Definido simplemente, el amor de Dios no es sólo lo que Él siente, sino lo que Él ha dado de Sí mismo al alma humana. Ahí está el amor de Dios. Podríamos decir que el amor de Dios es Cristo crucificado...Dios concediéndonos una muerte en Su Hijo y a Su Hijo como una Vida. La medida del amor de Dios es la medida del Hijo de Dios. La experiencia del amor de Dios es la experiencia del Hijo de Dios. Llegar a estar arraigados y cimentados en el amor de Dios, es llegar a estar arraigados y cimentados en lo que Dios ha dado. Esta es la razón por la que este versículo sigue inmediatamente después, en la descripción de cómo somos fortalecidos por el Espíritu de Dios en el hombre interior, y cómo viene Cristo a habitar en nuestros corazones por fe. Retoma y dice que en esta forma somos arraigados y cimentados en lo que Dios ha dado. Él ha dado el Espíritu de Su Hijo para que sea la vida de nuestra alma.

Este versículo es muy similar al versículo que a menudo uso de referencia, 1 Corintios 2:12. Aquí Pablo nos dice que el Espíritu de Dios ha sido dado para que podamos conocer lo que Dios nos ha concedido. ¿Qué nos muestra el Espíritu? Nos muestra el amor de Dios; las cosas que Él HA concedido.

Nuestra relación con Dios es una relación de amor insondable, pero eso no sólo significa que es una relación donde ambos lados sienten algo fuerte y piensan el uno en el otro de cierta manera. Sé que el amor natural es reconocido, primordialmente, por la manera en que una persona siente, en lo que una persona quiere de otra, o cuánto quiere una persona a otra. Pero el amor de Dios no es comprendido en lo que Él obtiene o quiere de nosotros, sino en lo que Él nos ha dado. Su amor es la dádiva de Sí mismo en la Persona de Jesucristo. De nuevo, la medida del amor de Dios es, por lo tanto, la medida de Cristo.

Es en este sentido que Pablo escribe Romanos 5:5, “*Y la esperanza expectativa no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*”. Es lo mismo, Pablo dice que nuestra expectativa nunca nos desilusiona. ¿Por qué? Porque el amor de Dios HA sido derramado en nuestros corazones. ¿Cómo? Por el Espíritu que nos ha sido dado. ¿Ve usted cómo está definido el amor de Dios aquí? Está definido por el Espíritu de Dios derramado dentro del corazón humano.

Así, pues, es en este amor, en este don, en este Hijo, que llegamos a estar arraigados y cimentados. Es en Él, en Cristo, en los cielos, santificados en la verdad, que somos conscientes de nuestro verdadero estado de ser. Somos plantados por Dios en Su Hijo, y ahí, a través de la revelación de Él, a través del crecimiento en el verdadero conocimiento de Él (lo cual es lo que estos versículos continúan describiendo), echamos raíces en terreno celestial. Él se torna el fundamento de toda realidad, perspectiva, motivación, vida. Hay una diferencia entre una semilla que yace en el suelo y una semilla arraigada y cimentada en el suelo. Es la misma diferencia entre un cristiano que está en el amor de Dios y otro que está arraigado y cimentado en el amor de Dios.

Hemos hablado antes del orden: muerte, cielo y tierra. Primero somos crucificados con Cristo, bautizados en Su muerte. Luego somos vivificados, levantados y sentados con Él en los cielos; somos llevados en la persona de Cristo al Padre, al ámbito, realidad y relación celestial. Luego esta realidad de los cielos es hecha manifiesta en la tierra. Bien, este versículo describe, más o menos, lo que significa poner nuestras raíces donde la salvación nos ha llevado. No es, simplemente, creer lo que Dios ha hecho, es habitar allí, estar anclado ahí, vivir a partir de ahí.

**Salmo 1:3**, *“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará”*.

**Jeremías 17:8**, *“Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto”*.

Así, la oración de Pablo en Efesios 3:18 continúa describiendo cómo sucede. Crecemos en nuestra comprensión espiritual de la anchura, longitud, profundidad y altura de este amor que excede a todo conocimiento. ¿Cuál es nuestra comprensión del amor de Dios? Es la perspectiva de Dios, el entendimiento de Dios de la anchura, longitud, profundidad y altura de lo que Él nos ha dado en y como la persona de Jesucristo. Nosotros no sólo estamos aprendiendo acerca de los sentimientos de Dios, no sólo estamos aprendiendo a creer en el gran deseo de Dios para nosotros, estamos llegando a la comprensión dada por el Espíritu, de la inmensidad del don de Dios de Cristo. Se nos está mostrando la vastedad y perfección del amor de Dios en Cristo.

El lenguaje aquí es una evocación de los tipos y sombras del Antiguo Pacto. A Abraham se le da una tierra para su herencia, y es llamado a mirar al norte, sur, este y oeste, y a caminar a lo largo y ancho de ella (Génesis 13:14-17). A Ezequiel se le muestra un templo perfecto, y es llamado por el ángel a medir la altura, anchura y longitud de cada aspecto. Cuando Abraham camina en la tierra, llega a una especie de consciencia de lo que Dios le ha dado y de dónde tenía que vivir. Cuando Ezequiel mide la casa de Dios, se le dice que muestre la casa a la casa de Israel; que les muestre lo que Dios les da. Cuando nosotros, por la enseñanza del Espíritu Santo, empezamos a medir la anchura, longitud, altura y profundidad del don de Dios de Cristo, comenzamos a ocupar lo que se nos ha dado, nuestras raíces empiezan a profundizar en el terreno celestial; somos hallados en Él, anclados en Su realidad. Sólo entonces podemos ser llenos de la plenitud de Dios.

Ese es nuestro siguiente versículo. Efesios 3:19 dice, *“...para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”*. Estoy extremadamente interesado en la frase *“llenos de la plenitud de Dios”*. Podríamos decirla así: “Que la plenitud de Dios llene, rebase cada

aspecto de mi alma”. Aquí tenemos que hacer una pregunta: ¿Cómo es que el crecimiento en la comprensión dada por el Espíritu del indescriptible don de Dios, hace que seamos llenos de la plenitud de Dios? ¿Cómo es que la consciencia de este don hace que este obre poderosamente en nosotros?

Si leemos los siguientes dos versículos, 20 y 21, encontraremos esta pequeña bendición donde Pablo dice: *“Y Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pensamos y pedimos, según el poder que actúa poderosamente en nosotros, a Él sea la gloria...”* Pablo está hablando del poder de Dios que obra en el alma. Está describiendo cómo opera dicho poder en nosotros. Obra en nosotros a través de la comprensión de la medida, de la inmensidad del don de Dios en Cristo; el amor de Dios. Pero yo pregunto: ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué la verdad tiene este efecto en el alma humana?

He estado pensando mucho en esto. Lo he estado viendo más claramente que nunca. He estado viendo más que sólo el hecho de que eso funciona. He llegado a una perspectiva más clara del porqué la verdad obra el poder de la cruz en el corazón humano. En una frase: Conocer la verdad obrará en nosotros de acuerdo al poder de la cruz porque nos muestra lo que ya es real.

Voy a usar una analogía aquí, entre más la comparto, más útil me parece. Imagine por un momento que usted se queda dormido al borde de un enorme acantilado. Mientras dormía soñaba en todos los planes que tenía para cuando despertara. Soñó que sacaba el perro a caminar, que leía un buen libro, que pintaba la habitación, etc. Todas estas opciones eran posibilidades perfectamente viables para cuando despertara. Sin embargo, mientras aún estaba dormido rodó hasta el borde del acantilado y comenzó una caída de 2000 pies hasta el fondo. Ahora bien, en tanto usted permanezca dormido e inconsciente de lo que es real, puede continuar soñando, llevar a cabo sus planes vespertinos y sonreír en su corazón con alegre expectativa, ya que sin saberlo, cae hacia la tierra. La realidad ha cambiado, sin duda, pero su conocimiento de la realidad no se ha afectado en nada.

PERO... ¿qué sucede si usted empieza a despertarse? Usted empieza a abrir sus ojos y algo empieza a cambiar rápidamente. Conforme usted va tomando consciencia de lo que es real, de lo que sigue, de lo que ha sucedido, de lo que está sucediendo...usted es constreñido por lo que sabe que es real. Por ejemplo, usted había planeado caminar, pero de pronto eso parece totalmente irrelevante. Usted tenía en su corazón pintar su dormitorio, pero ahora eso es lo último que tiene en mente. ¿Por qué? Porque la VERDAD de la situación está haciendo su propia aplicación a su alma. La realidad está desplazando el país de los sueños. Las opciones que eran reales para usted mientras dormía, ya no son opciones. Las ideas, pensamientos, emociones, planes, motivaciones...todo lo cual lo motivaban, afectaban y definían mientras el país de los

sueños era real, ya no son lo que usted está mirando. Usted está viendo algo que YA es verdadero e imparable, sin importar que piense lo contrario.

No es como si usted se despertara y viera algo que PODRÍA suceder; no. Usted está viendo algo que sucedió y las consecuencias están sobre usted, le gusten o no. La gravedad no es una opción, no es la opinión de Isaac Newton, es una ley establecida e inmutable. No está abierta a discusión. Usted puede rechazarla, pero SÓLO al pretender que no es real. Supongo que si una persona pudiera forzarse a regresar al estado del sueño, podría engañarse a sí misma para derrotar la gravedad... ¡Hasta que pegue contra el suelo! Pero si abriera los ojos, estaría en una realidad que demanda obediencia.

Así es como comprendemos la anchura, longitud, altura y profundidad de la obra de Cristo en nuestra alma. El Espíritu nos muestra a Cristo, quien es nuestra vida. Si hemos nacido de nuevo, eso ya ha sucedido y las consecuencias ya están sobre nosotros, hayamos abierto los ojos alguna vez o no. Estamos viendo algo que ya es. La plenitud de Dios obra en nosotros cuando tomamos consciencia de dónde estamos, qué somos, y todas las implicaciones inimaginables de estar en Cristo. Las encaramos...no tenemos opción. Encaramos el eterno propósito de Dios consumado, por eso el poder de la cruz obra en nosotros, porque ya ha sido consumado por Él. Amigo, yo pasaré el resto de mi vida descubriendo la realidad de esta última frase. Si yo creciera en la vejez, el poder de la cruz obraría en mí, debido a que ya ha sido consumado por Él.

Conforme el hombre que va cayendo en el acantilado se despierta, encuentra rápidamente que su alma, sus emociones, sus planes, sus pensamientos, sus motivaciones...caen en línea con lo que ya ha sucedido. Las consecuencias de lo que ha sucedido lo constriñen ahora. Nada tiene que ser hecho, salvo que él tome consciencia de lo que ha sido hecho. Pero para nosotros...la plenitud de Dios está en Cristo y Cristo está en nosotros. Él es nuestra vida, está consumada. Las consecuencias ya están sobre nosotros. Seremos llenos de esa plenitud cuando tomemos consciencia de lo que Dios ha hecho. La variable nunca está relacionada con lo que Dios ha hecho, sino con el grado de deseo que tenemos de tener los ojos abiertos...y en realidad, en cuál mundo deseamos se arraigados y cimentados.

Con eso, quisiera decir unas cuantas cosas. Tienen que ver con la frase: “...seáis llenos de toda la plenitud de Dios”. Tienen que ver con terminar lo que hemos comenzado...personalmente y como comunidad.

Voy a tratar de describir algo que ha estado pasando en mi corazón, y sé que es un hecho que muchos malinterpretarán lo que estoy a punto de decir; pero también hay muchos que no. Me parece que después que un corazón realmente ve al Señor por primera vez, hay una celebración de la realidad que toma lugar en el alma y que afecta todas las cosas. No estoy hablando de cuando venimos por primera vez a Cristo, aunque hay un ver a Cristo involucrado ahí. Me refiero al día que empezamos a contemplar la

consumación de la cruz que da el Espíritu y que nos impacta con la realidad. Es como si un ladrillo de realidad derribara nuestro castillo de naipes...y nada volviera a ser lo mismo. Muchos saben de lo que estoy hablando; estoy hablando de ver a Cristo y a este crucificado, y de todo lo que eso significa.

Esto es real, poderoso y maravilloso, y debido a que es muy grande, no hay un pensamiento de volver nuestro corazón hacia algo más. En lo natural sería como enamorarse. Es algo tan grande para el alma, que dondequiera que se encuentre usted, su corazón se quedará fijo en el mismo lugar. Pero al igual que enamorarse, las cosas tienden a presentarse diferentes con el tiempo, y tarde o temprano, el confeti empieza a asentarse en el piso.

No estoy hablando de tener dudas acerca de lo que hemos visto, o de volvernos de la verdad. Cristo permanece real en nosotros, sabemos qué vimos, pero está el hecho de que seguimos en un cuerpo, tenemos un trabajo, tenemos niños y pasatiempos...y todo eso está aún muy presente, y por eso muchas veces nos encontramos tratando de decidir qué hacer con la vida alrededor. Es decir, la cruz ha tomado relevancia espiritual fuera de todo lo natural, y sin embargo, aún hay cosas naturales alrededor de nosotros en el futuro inmediato.

Es que después de este increíble encuentro con la verdad de la obra de Dios en Cristo, usted entiende la división entre lo que es natural y lo que es espiritual, y dicha división es mucho más clara que cómo la había visto alguna vez. Solíamos creer, por ejemplo, que el propósito de Dios para nosotros tenía que ver con nuestros trabajos, ahora comprendemos que el propósito de Dios no está en lo que hacemos, sino en la vida de quién está obrando en todo lo que hacemos. Solíamos creer que Dios se preocupaba de que perdiéramos los dones, ahora comprendemos que los dones y nuestra vida entera se pierden, si Él no es la fuente y la vida que obra a través de nosotros en todas las cosas.

Todo esto es bueno, pero entonces viene el pensamiento de que “siempre que yo pueda reconocer lo que es el Señor y lo que no lo es, está bien que entregue mi corazón a la tierra”. En realidad no lo decimos así, pero es así en nuestros corazones. Decimos: “Ahora sé que Dios no está realmente en esto, y saberlo lo hace seguro”. “Con seguridad esto no es espiritual, pero no estoy pretendiendo que lo sea”... Aquí es donde sé que voy a ser malentendido. ¡Sólo desconécteme si se confunde! No estoy hablando de las cosas que son necesarias porque tenemos un cuerpo. No estoy hablando de ir a trabajar, cepillarse los dientes y cortar el césped. Estoy hablando de enfocar el corazón. Estoy hablando de dónde estamos buscando ganancia, beneficio, satisfacción; de los objetivos y ambiciones de nuestro corazón. Estoy hablando de dónde estamos sembrando nuestras semillas y de dónde expectamos nuestra cosecha. Estoy hablando de dónde buscamos cuando buscamos vida, qué pensamos cuando pensamos en nuestro día, qué planeamos cuando levantamos la vista.

Sí, claro, Cristo es nuestra vida. Sí, la cruz es insondablemente más real y poderosa que lo que habíamos pensado...pero, entonces, ¿dónde están los pensamientos de nuestra mente, los deseos de nuestro corazón, el propósito para esta semana, el regocijo de nuestra alma? ¿Qué llena nuestros pensamientos cuando manejamos el carro? ¿Qué hay en nuestra mente cuando estamos despiertos en la cama? ¿Qué planes invaden nuestro corazón cuando nos levantamos en la mañana? ¿Qué queremos de las relaciones?

Hace algún tiempo tres veces se presentaron a mi corazón tres cosas diferentes, ninguna de las cuales se podría llamar pecaminosa. De hecho, una era algo que la mayoría llamaría útil, práctica y ventajosa. Sin embargo, llegué a ver que cada una era como muerte disfrazada, porque en ellas no había nada de Cristo y todo era ganancia para mí. En cada caso yo les di la bienvenida a mi vida sin percatarme de lo que había hecho, hasta que mi corazón había perdido perspectiva y me hallé extremadamente interesando en algo más que “ser lleno de la plenitud de Dios”. No voy a decir qué eran las tres cosas, porque no importa. No hay nada malo en las cosas en sí, pero todo está mal si ellas obran en nuestro corazón hacia un propósito que no sea que la plenitud de Dios llene nuestra alma. Todas las cosas son lícitas, pero no todas son convenientes.

Usted sabe que Pablo llamaba las cosas por su nombre. Usted ha leído como soltaba cosas como: “¿Quién los fascinó...?”, o “les digo que ustedes todavía están en la carne”, o incluso cómo reprendió a Pedro en su cara en presencia de muchos líderes. Yo siempre he querido, especialmente ahora, ser parte de un grupo de personas que hagan eso los unos a los otros. Personas que miren a otros en la cara, y sin importar que la carne se erice o la incomodidad momentánea de la situación, digan la verdad sólo porque es cierta. Sé que suena mejor que como se siente, pero deseo que no tengamos dedos carnales muy largos y que sean fáciles de pisar. La ofensa es la emoción humana más natural, porque la carne siempre responde así a la verdad.

Sin embargo, quiero decirme y decirle a usted que es mi amigo y familia en el Señor, que todo lo que no sea Cristo no merece nuestro corazón. Si estamos hallando ganancia, meta, propósito o vida en otro lugar que no sea Cristo y estamos compartiéndolo con los que son Su cuerpo, hemos encontrado un camino que no lleva a la plenitud de Dios, y no debemos permitirlo, porque es vivir una mentira.

No podemos, como individuos, ser un pueblo que habla acerca de la Verdad. Mi más grande pesadilla sería estar frente al Señor y ser conocido por Él como un hombre que habla acerca de la cruz. Nuestro mensaje no tiene que ver con palabras, nuestro evangelio no es un mensaje, es una Persona, quien si lo permitimos, reducirá nuestro mundo a una sola cosa. Tarde o temprano todo lo demás nos parecerá como ya lo es para Él. Todo esfuerzo, toda meta debe estar total y permanentemente puesta en una dirección y hacia un fin: Conocer al Señor de la manera como los versículos de nuestra lección describen; conocer la anchura, longitud, altura y profundidad de lo que Dios ha

depositado en nuestra alma en la Persona de Jesucristo. Todo lo demás es una monumental pérdida de vida. Si usted quiere leer palabras ofensivas, lea lo siguiente:

**Santiago 4:4**, “*¡¡Oh almas adúlteras!! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*”.

**1 Juan 2:15**, “*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él*”.

**Lucas 16:15**, “*Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación*”.

**Lucas 16:13**, “*Ningún siervo puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y desprezará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas*”.

Nosotros tenemos la oportunidad de conocer realmente a Dios y de ser un pueblo plenamente ocupado en compartir Su vida y Su luz. Si el confeti se está asentando en nuestra alma, es tiempo de pedirle al Padre que revela a Su Hijo en nosotros. Es tiempo de tomar una decisión en la tierra que nos conduzca a vivir en los cielos. Es tiempo de fijar nuestros ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe... mirar no lo que se ve, sino lo que no se ve. Necesitamos pelear la batalla de la fe y caminar la anchura, longitud y amplitud de la Tierra que hemos llamado Cristo. Necesitamos ser un pueblo obsesionado por ser llenos de la plenitud de Dios.